

en mantener el fausto y la ociosidad de un Clérigo inútil à la Iglesia y al Estado: se queixan de que solamente los Clérigos viven con opulencia, al mismo tiempo que están padeciendo todos los demás Estados, y que todos los demás Ciudadanos experimentan las desgracias de los tiempos: no alegó otra razón la heregía en el siglo pasado quando usurpó los bienes de las Iglesias, sino el uso profano que la mayor parte de los Ministros hacían de las riquezas del Santuario, para arrancarlas del Altar, y para restituír al mundo unos bienes que los Clérigos gastaban solamente con el mundo.

Algunos alegan como títulos que dán un derecho irrevocable à las dignidades de la Iglesia, las heridas y servicios de sus parientes: quieren que la inocencia, la paz y la tranquilidad del Santuario sean premio de los incendios y de las carnicerías: que la Iglesia que tanto horror tiene à la sangre, manche, por decirlo así, sus dignidades y sus puestos: que las guerras, y calamidades que ella llora, sean pagadas con un honor, y con un ministerio de paz, y de reconciliacion; y que las heridas que pueden haber sido de honor à la Patria, y el valor en los combates, dén Ministros de humildad y caridad à los fieles: los servicios Militares podrán merecernos los grados de la milicia del siglo; pero no los de la de Jesu-Christo: podrán dar Gefes à los Exércitos, y Gobernadores à los Pueblos; pero no Pastores à las Iglesias: es muy justo que el valor sea premiado con aquellas señales exteriores de honor, que sirven de adorno à nuestros Reyes; pero no con el orden, y el honor del Sacerdocio: ¿Acaso las guerras en que se han distinguido nuestros parientes pueden ser señales de nuestra vocacion à un estado, cuyo principal ministerio es anunciar la paz à la tierra? ¿Qué tienen de comun los honores de las armas con la inocencia del Santuario; ni las victorias que se consiguen contra los hombres con una espada de muerte y de furor, con las que se deben conseguir de los pecadores con la espada de salud y vida eterna?

¿Podrá un Pastor alegar su clase y nacimiento como

es-

escusa de su fausto, y profusiones? ¿Hubiera hallado en la division de los bienes paternos con qué mantener la vanidad de su nombre, para lo que mira como inevitables unos gastos tan crecidos? Siendo acaso el último de una numerosa familia, ó estando por lo menos excluído de los derechos y prerrogativas de la primogenitura, se hubiera visto reducido à una moderada fortuna, à unos alimentos de segundo, que siempre son cortos, aun en las casas mas grandes: ¿pues por qué ha de tener obligacion la Iglesia de mantener en el luxo, y la abundancia à los que el mundo hubiera dexado en una moderada fortuna? ¿Han de vivir con mas comodidad à costa del patrimonio de los pobres, que lo que hubieran vivido à costa de la sucesion de sus mayores? Su nombre no hubiera padecido en el mundo con la obscuridad y escasez de sus bienes y fortuna; ¿y ha de padecer en la Iglesia por su frugalidad y modestia? ¿Es posible que el mundo, que es el que ha formado la fantasma del nombre y del nacimiento, no habia de poder mantener su obra; y que la Iglesia, que condena esta vanidad, y que la impugna, se ha de ver precisada à mantenerla? ¿El honor mundano no se ha de dar por ofendido quando la fortuna no corresponde al nacimiento; ¿y se ha de dar por ofendido el honor de la Iglesia quando la inocencia, la sencillez, la templanza, y la piedad de su vida correspondan à la santidad de su carácter?

## DE LOS PREDICADORES.

Sermon para el I. Domingo de Quaresma. Tom. III.  
fol. 130.

**L**OS Predicadores suelen verse precisados á condescender con nuestras molestias, y disgustos, mezclando muchas veces con la verdad algunos adornos humanos, que siempre la debilitan: parece que nos vienen à hablar à favor suyo; y los oímos como si fue-

Tom. XI.

Mm

ran

ran unos impertinentes que vinieran à pedirnos algun favor.

Algunos se precian de manifestarse insensibles à las verdades que oyen : hacen vanidad de oírlas á sangre fria : miran como gracejo , y como superioridad de ánimo el quedarse indiferentes y tranquilos al oír unas verdades que en otros hacen impresion : tambien suelen vanagloriarse de su insensibilidad : miran como flaqueza el manifestarse sensibles à unas verdades que en otro tiempo triunfaron de los Filósofos, y Césares ; pero la mas segura señal de un espíritu superficial è inconstante , de un entendimiento corto y limitado , de un corazon perverso è incapáz de grandeza y elevacion , es el no hallar cosa alguna que le mueva , que le asuste , que le fatigue , y que le interese en las verdades tan sábias y sublimes de nuestra moral.

Si asistimos à un espectáculo profano , no miramos como perdidos los ratos que se emplean en unos placeres tan frívolos : alli nos olvidamos de los negocios , de la fortuna , y de la familia ; y no acordandonos de nada , nuestro espíritu , que solo fue criado para ocuparse en cosas serias , se entrega con ansia à unas aventuras quiméricas : siempre salimos de alli preocupados , pensativos , è imbuídos en las máximas lascivas que hemos oído cantar en el infame teatro : repasamos despues en nuestra memoria aquellos pasages que han hecho mas peligrosa impresion en nuestros corazones : esta memoria nos acompaña hasta el pie de los mismos Altares : estas imágenes , tan funestas à la inocencia , nunca se borran ; y al acabar de oír la divina palabra , quando mucho , suelen quedar en nuestra memoria los defectos del que la ha predicado.

Quántos hombres hay , aun de aquellos que se tienen por sábios , y que se precian de un entendimiento superior , que ván à oír à los Predicadores con el

es-

espíritu ya dispuesto à no hacer caso de las amenazas de la divina palabra. Es verdad que no se precian de ser insensibles à todas las verdades ; pero miran el ministerio Evangélico como un arte de exageraciones , è hyperboles : miran las mas santas expresiones del zelo como phrases dispuestas con un artificio humano ; las mas terribles amenazas como producciones de una vana eloquencia ; las máximas mas incontrastables como discursos , en que tiene mas parte la costumbre que la verdad ; las sentencias mas a proposito para atemorizar las conciencias como modos de hablar , que cada uno puede entender segun le acomode : interiormente están oponiendo à la verdad las máximas del mundo que la contradicen : ván à impugnar la verdad , y no à rendirse à su fuerza , y à su luz ; y ván à ser apologistas secretos del mundo y de las pasiones , en el mismo lugar que está destinado à contradecirlas è impugnarlas.

Todos nos miramos siempre por aquella parte mas favorable , que nos impide el que nos conozcamos como en la realidad somos : por mas que nos señalen con la mano nuestros defectos , siempre hallamos algunas disculpas con qué desfigurar la semejanza : nos decimos interiormente à nosotros mismos : Yo no soy aquel hombre ; y quando el público nos está aplicando unos retratos , que tanto se nos parecen , nosotros solos no reparamos en ellos ; è no vemos en ellos mas que los defectos de nuestros próximos : miramos nuestros retratos como propios de otros originales : tenemos habilidad para aplicar à otros el golpe que la verdad dirige à nosotros solos : el único fruto que sacamos de la pintura que el Predicador hace de nuestros vicios , es la malicia de estas aplicaciones ; y juzgamos temerariamente de nuestros próximos , quando debieramos juzgarnos à nosotros mismos.

Tambien puede suceder que los Predicadores condesciendan demasiado con nuestras flaquezas : que res-

pe-

peten unas costumbres que ha consagrado el uso, porque no parezca que censuran los exemplos que las autorizan: casi no se atreven à hablar de algunos desordenes, temiendo el que se juzgue que sus censuras se dirigen mas à las personas, que à los vicios: se contentan con manifestar desde lejos unas verdades que era preciso poner muy à la vista: la flaqueza suele sacarlos por fuerza elogios, en donde solamente debieran pronunciar anathemas y censuras: se dexan tambien deslumbrar, como el mundo, con los títulos y dignidades; y por razon del respeto que deben à algunas personas, suelen negarse algunas veces à la verdad, que es à la que mas deben respetar.

Hay muy pocos el dia de oy, entre los que vån à oír à los Predicadores, que no se constituyan jueces, y censores de la divina palabra: vån solamente à decidir del mérito de los que la predicán, à hacer necias comparaciones, declarando la variedad de Sermones que se deben acomodar à la diferencia de dias: se precian de tener un gusto muy delicado en esté punto: no atienden à aquellas verdades mas terribles, y que son de mayor utilidad para ellos; y todo el fruto que sacan de un Sermon, se reduce à no haber reparado en otra cosa mas que en los defectos del Predicador.

*Fin del Tom. XI. y de la Obra.*



